

CULTURA



Escena de lucha entre griegos y amazonas con Aquiles y Penthesilea en el centro, en un sarcófago romano.

Un libro de la escritora Esther Peñas repasa el mito de las mujeres guerreras bajo la luz del discurso de género y desmiente la creencia de que se amputaran el pecho

Las amazonas cabalgan sobre el feminismo

JACINTO ANTÓN, **Barcelona**
Lo de que las indómitas amazonas se cortaban o quemaban un pecho para disparar mejor con el arco es uno de los elementos más conocidos y persistentes del viejo mito de las mujeres guerreras. Y es falso: proviene al parecer de una errónea traducción de su nombre (del que se desconoce la verdadera etimología), haciéndolo derivar del griego *a-mastos*, sin seno, y de la repetición del asunto desde la Antigüedad; y también de que es algo que resulta muy morboso. En un libro recién publicado, *De la estirpe de las amazonas* (Wunderkammer, 2021), la escritora Esther Peñas se apunta a la corriente de los que niegan que las amazonas se amputaran el seno derecho para combatir mejor y refuta el truculento tópico con argumentos sólidos.

Peñas (Madrid, 46 años) repasa en su ensayo, de un gran aliento literario, incluso poético, el mito de las guerreras que tanto sacudió el imaginario griego (y el nuestro), y toma caminos imprevistos para relacionarlas con el actual discurso de género y mostrarlas a la luz del feminismo moderno. "Las amazonas resuenan en cada una de nosotras como la posibilidad de libertad e independencia", afirma la escritora, que abre su libro con una inesperada cita de la dramaturga Angélica Liddell ("ven guerrera amable, espada de alegría, no tardes, te espero con todo mi corazón").

Afirma Esther Peñas que las amazonas, "mito incandescente" y "símbolo salvaje", son "ejemplo de que las cosas pueden ser de otro modo al que se impone, o por lo menos de que

al sistema —patriarcal— se le puede ganar un margen en el que ser distinto". Las amazonas míticas vivían en una ginecocracia y limitaban usualmente sus contactos con los hombres a temporadas para asegurar la reproducción.

"Matadoras de hombres"

La autora, que pretende con su libro inaugurar espacios nuevos para repensar el tema (hablando incluso de asuntos como el cáncer de pecho y la mastectomía), subraya lo fascinante del mito y su ambivalencia: las amazonas, hijas de Ares, hábiles jineteras, eran bellas pero crueles y belicosas. Heródoto las calificó de andróctonas, "matadoras de hombres", y Homero en la *Ilíada*, donde aparecen mencionadas por primera vez (aunque es evidente que ya eran conocidas por su audiencia), de *antianiras*, "las que luchan como varones" (en el bando troyano). Célibes y ardorosas (no se casaban, pero podían mantener relaciones intensas, aunque también castrar a sus hombres), valientes, fieras e indómitas, inveteradas cazadoras consagradas a la virginal Artemisa, caían, sin embargo, invariablemente, ante la espada del héroe de turno, o eran sometidas y raptadas por él: Hércules, Tesco, Aquiles o Belerofonte (o Tarzán).

En el arte clásico visten con túnicas cortas, con una especie de *leggings* y pantalones como los persas y los nómadas, o van desnudas, siempre con armas características como las hachas de guerra *labrys* y *sagaris*, el escudo de media luna pelta, el arco y el lazo. Es todo un género la representación de la amazona he-



Amazonas y escitas (1597-1599), por Otto Van Veen.

Los atenienses alinearon a las luchadoras junto a los centauros

La mutilación "las etiqueta en lo raro, en lo monstruoso", sostiene la autora

rida, generalmente con un tajo junto a los pechos, que se muestran generosamente. Se mencionan grandes reinas como Hipólita, Antiope, Penthesilea, Lisipe o Mirina, y guerreras con nombres tan explícitos como Lykopsis, "ojos de lobo", Aristomache, "mejor guerrera", y Enchesimargos, "lanza loca", que suena a comanche.

Los atenienses las alinearon

junto a los centauros, y los persas como sus más mortales enemigos, y los griegos en general, que las situaban con su mítica capital Temiscira en los confines de su mundo, las representaron obsesiva y recurrentemente en el arte. Quiere la tradición clásica que una (Thalestris) se acostara con Alejandro Magno, que otra (Hypsicratea) fuera concubina y compañera del rey Mitridates y que Pompeyo las combatiera, y las hiciera desfilar en uno de sus triunfos (posiblemente eran guerreras escitas o comparsas disfrazadas). Y que también hubiera guerreras en Hispania: Apiano, anota Peñas, relata que el general Décimo Junio Bruto luchó en el 136 antes de Cristo contra mujeres armadas, que combatieron y murieron valerosamente, en Braga.

Su eco, recogido en creaciones literarias como las de Heinrich von Kleist o Marguerite Yourcenar, llega hasta las guerreras negras del rey de Dahomey, las

aviadoras de combate soviéticas, las guardaespaldas de Gaddafi, Mulan, Xena, la arquera Katniss de *Juegos del hambre* y Wonder Woman. Esther Peñas añade en un singular capítulo a "poetisas amazónicas" como Natalie Barney, Gertrude Stein, Annie Winifred Ellerman Bryher, Audre Lorde o Valentine Penrose, por la que confiesa una debilidad. "El libro es un esfuerzo de síntesis en el que reflejo lo esencial", explica la autora, que considera que las amazonas son "un arquetipo que pone en jaque lo establecido" y que a las legendarias guerreras "toda mujer inquieta las admira".

En cuanto a lo de cortarse el pecho (o quemarlo con una plancha, como escribió Hipócrates), considera que es "una forma muy gráfica para etiquetarlas en lo raro, lo monstruoso, lo execrable por distinto". No le da ningún crédito a que esa mutilación fuera real: "Clínicamente hubieran muerto desangradas", subraya. "Y además en ninguna representación plástica aparecen sin pecho, o cortándose, siempre se las muestra con los dos, por no hablar de que su patrona, Artemisa, tan buena con el arco, conserva ambos senos".

De hecho, la volumetría femenina nunca ha sido un obstáculo para tirar al arco o lanzar una jabalina, como atestigua cualquier deportista. "Es posible que se las considerara sin pecho porque no amamantaban", reflexiona la escritora; "pero sobre todo la idea tiene que ver con hacerlas perder un elemento femenino por excelencia, igualarlas con el hombre por la vía de desfeminizarlas. Ponerles un pene hubiese sido demasiado grotesco".